RUBEN DARIO

CANTO EPICO

A LAS

GLORIAS DE CHILE

PREMIADO EN EL CERTAMEN VARELA
EN 1887



Imprenta «EL GLOBO»
San Isidro 59, Santiago
1918

RUBEN DARIO

CANTO EPICO

A LAS

GLORIAS DE CHILE

PREMIADO EN EL CERTAMEN VARELA



Imprenta «EL GLOBO»
San Isidro 59, Santiago
1918

Al Excmo. Señor Don

José Manuel Balmaceda

Señor:

Si algo puede valer este canto a las glorias heróicas de Chile, mi segunda patria, acéptelo usted como un homenaje al hombre ilustre, i como un recuerdo al padre de uno de mis mejores amigos.

R. D.



CANTO ÉPICO

A

LAS GLORIAS DE CHILE

Oh Patria! Oh Chile!...
Pues que altiva ostentas
tras las luchas sangrientas
tus victorias de paz por todas partes;
puesto que tus baluartes
brillan inmaculados;
puesto que tras los choques de la guerra
tus bravias legiones de soldados
en fecundas tareas productoras
hieren la negra tierra

con sus corvos arados:
pues tus navios de cortantes proras
llevan tu nombre á puertos dilatados:
puesto que bajo el cielo azul, inmenso,
te brindan como espléndido tesoro
las fábricas su incienso,
el mar sus aguas y los montes su oro;
puesto que los cañones
descansan y los bravos adalides;
puesto que escrita está en los corazones
la vasta historia de las vastas lides;
puesto que tu bandera
flamea al sol, y el mundo americano
vé cual cubre la erguida cordillera
y el profundo oceano;
da ¡oh Patria! luz y aliento
para cantar tus glorias inmortales:
que ha llegado el momento
en que suenen al viento
los clarines sonoros y triunfales.

Los viejos griegos, cuando audaz volvia,
ligeramente erguido, sobre el carro
de oro del triunfo, el vencedor bizarro,
en heróica alegria,

al eco de las arpas victoriosas
ponian en su casco la guirnalda
de laurel, y la palma de esmeralda
al caballo de guerra
que iba pisando rosas
regadas por la tierra.
Si sucumbia en el feroz combate,
en los labios del vate
estaba la epopeya, y en el sacro
empuje del cincel el simulacro.
Nosotros los chilenos,
cual los viejos helenos,
dimos nuestras guirnaldas y canciones
á aquellos indomables batallones
que tornaron serenos
de luchar y vencer como leones
y de salvar la patria como buenos.
Saludamos á Condell, cuando vino
bello como un dios joven y triunfante,
ciñéndole el destino
en la frente radiante
los lauros del guerrero y del marino.

¡Oh, y los rudos y bravos granaderos,
con sus velocidades

y sus arrojos fieros;
mitad centauros y mitad guerreros!
Fueron sus escuadrones-tempestades,
en medio de los campos forasteros
con vuelo de huracan... ¡Y qué hora aquella
cuando en montes peruanos
dejó la media luna de su huella
el casco de los potros araucanos!
¡Y qué hora la sagrada de aquel dia
en que, de las montañas y desiertos
la gran caballeria
volvió, y firmes y altivos
los que llegaron vivos
nos trajeron memorias de los muertos!
¿Qué voz chilena no bendice ufana
las banderas del Buin? Quién no renombra
á Ramirez, que asombra
en su muerte espartana?
Y todos, los infantes,
los leales caballeros,
los audaces marinos,
los que murieron antes
que rendirse, los bravos artilleros,
pechos adamantinos,
que cual Riquelme el fuerte,

á las fijas miradas de la historia
penetran en la muerte
saludando con salvas á la gloria.

¡Y Prat!... Hé aquí la cumbre;
hé aquí la sacra lumbre
inmortal, la epopeya en el abismo,
el valor soberano;
leyenda de heroismo
sobre el hondo oceano.
Prat resplandece, inspira.
Implacable y soberbio, tuvo el soplo
sagrado. A él entonces,
los trémulos bordones de la lira,
y el himno que el escoplo
arranca de los mármoles y bronces.
Arturo era el marino.
Arturo era el guerrero
humilde, que el destino
tornara digno de la voz de Homero.
No era el hercúleo y fuerte
adalid de alta talla
y músculos de acero;
antes noble garzon á quien la muerte
en medio del fragor de la batalla

convirtiera en coloso.
La gloriosa bandera
con su estrella de luces soberanas
flota sobre el penol; el borrascoso
ponton cruza lijera,
y el tricolor de Chile va orgulloso
en la barca de Arturo, mar afuera.

¡Oh la vieja corbeta
con sus velas al sol! Ave rendida
que sobre la honda inquieta
bajo la luz vibrante y encendida
las alas desplegaba al mar bravío!
Brotaba de ella un soplo de victoria,
soplo vasto del viejo poderío
y de la antigua gloria.
Y del viento al arrullo
y al ronco son del trueno,
aun sostenia en alto el santo orgullo
del pabellon chileno.
Cuando en Iquique Prat halla la muerte,
el héroe se convierte
en semi-dios; el cielo constelado

de la chilena gloria, se ilumina
con luz de sol; el astro tiene su orto
y surge inmaculado.
Cuando cayó la encina
la floresta tembló. Pero cayendo
el árbol, con estruendo,
al mundo americano dejó absorto.
Hé aquí, pues, la suprema
inspiracion, el tema
altísimo, la gloria
mas grande y pura en la chilena historia.

¡Oh las antiguas arpas de los troncos
de las inmensas selvas primitivas,
cuerdas sonantes y bordones roncos
para músicas altas y espresivas!
¡Oh el relámpago vivo y subitáneo
que del hondo infinito se desprende,
que el corazon enciende
y que ilumina el cráneo!
¡Oh los heroicos ritmos! Oh la nota
y el estremecimiento de la lira!
¡Oh el aliento de Dios que solo flota
sobre aquel escogido á quien inspira!
¡Oh la espresion de las hercúleas razas

y las hímnicas pompas
que con ruido de yelmos y corazas
al son brotaron de las áureas trompas!
Bajo el blanco fulgor del firmamento
hoy resuenan al viento
los clarines sonoros y timbales.
¡Patria! canta mi acento
la mayor de tus glorias inmortales!

Iquique despertaba. Era la hora
de los primeros ecos de la tierra
y los primeros himnos de la aurora.
Dos navios de guerra
que llevan arbolada
la bandera de Chile, al rumoreo
del nuevo dia, listos en la rada
están para el bloqueo.
Chile se alza, é inicia
así las grandes luchas en que noble
llevará como enseña la justicia.
Contra enemigo doble
envia sus ardientes escuadrones
á los campos guerreros;
y desplegando al viento sus pendones
aprestan sus cañones

y se lanzan al mar sus marineros.
Esas dos naves que al nacer el dia
de Iquique en la bahia,
dora el reflejo pálido
de un sol de rayos tenues y dudosos,
son aquella *Esmeralda*,
vieja como un inválido
de los tiempos gloriosos,
y *Covadonga*, débil y pequeña,
mas liviana y zahareña.
Esas dos naves solas
rigen dos capitanes
hechos á oir bajo sus pies las olas
y sobre sus cabezas huracanes.
¡Prat! ¡Condell! Qué guerreros
para canto de Iliadas
y estrofas de futuros romanceros!
Mas ¿por qué con mirada escrutadora
y contemplando el horizonte, alerta
están sobre cubierta
los marinos? Al brillo de la aurora
vénse llegar terribles
dos naves del Perú. *Huáscar* primero,
el fuerte monitor, é *Independencia:*
ambos irresistibles

con la enorme potencia
de su espolon de acero;
ambos colosos mas que paladines,
ambos de férreos, poderosos cascos,
raudos como delfines,
En tanto que los buques que ostentaban
la bandera chilena
sus armas aprestaban,
el *Huáscar* llega altivo. No resuena
aun la voz de sus cañones ruda.
Grau, del veloz navío
capitan, deja muda
la tempestad del bronce. Poner miedo
en los débiles piensa. ¡Miedo á aquellos
ciclópeos paladines,
transfigurados, bellos,
al clamoroso son de sus clarines!
Por fin el *Huáscar* lanza
su primer cañonazo
á la vieja corbeta,
miéntras Prat, que ilumina
con patriótico fuego y esperanza
á Condell, alma audaz, mente de atleta,
sobre la ola marina,
«seguid mis aguas» á decirle alcanza

con el eco inmortal de su bocina.
Antes de comenzar la gran pelea
Arturo habló á los suyos. De tal guisa
su faz era la faz de un dios homérico.
Su voz creció sonora y gigantea
Sus cabellos tocados por la brisa
hacian de su espléndida cabeza
una cabeza heróica de inspirado.
Las cornetas marinas han sonado,
Arturo á hablar empieza:
«¡Muchachos! desigual es la contienda,
mas nuestro pabellon nunca se ha arriado
delante el enemigo.
Yo la esperanza abrigo
de que hoi no sea la ocasion de hacerlo.
Miéntras yo viva, os juro: esa bandera
flameará en su lugar; y si yo muero,
sabrán mis oficiales
cumplir con su deber». Brotó á raudales
en los pechos ardor. ¿Qué labio calla
si se desborda como un inmenso rio
el entusiasmo? El corazon estalla
en la jente chilena.
¡Viva Chile! gritó llena de brio,
al ruidoso chocar de la metralla

que en los aires resuena.
Habia comenzado la batalla.

Delante el enemigo
los chilenos se miran en sus puestos.
Covadonga al abrigo
del pueblo que atalaya
la lucha desigual desde la playa,
Esmeralda en la liza. Así dispuestos
estaban los audaces.
A sus mil repetidas explosiones
ya la vieja *Esmeralda* pierde, agota
su vigor; salta, brota
el agua a borbotones
por su caldera rota.
Lenta va. Puede aun de la ribera,
al lado de occidente,
cerca llegar. Se siente
resonar por doquiera
sordo rugir de tempestad; se escucha
el cañoneo de la inmensa lucha.
Es que empieza magnífico,
bello, terrible, de grandeza homérica,
el combate mas vasto que vió América
sobre las anchas olas del Pacífico.

Mientras que la *Esmeralda* respondia
con sus escasas fuerzas al ataque,
la débil *Covadonga* recibia
un grueso proyectil. A las rompientes
acercóse despues, de la cercana
isla, que la veloz *Independencia*
venia con violencia,
ostentando sus fuegos imponentes
pujante y soberana.
Y la *Esmeralda* entonces,
que apercibida estaba,
resistiendo del *Huáscar* á los bronces,
de su puesto estratéjico lanzaba
certeros cañonazos;
mas iban á caer á los aguajes
las granadas deshechas en pedazos
del navío al chocar en los blindajes.
El poderoso monitor, que yerra
los bruscos tiros que al chileno lanza,
con sus fuerzas alcanza
á los suyos en tierra.
Y los de tierra entonces, en su saña
á la *Esmeralda* viendo estraña y fiera,
con seguros cañones de campaña
la atacaron tambien de la ribera.

Y la humeante corbeta resistia,
y en su cubierta que era
incendio, se luchaba y se moria
al pié de la bandera.
Oculto el enemigo
ataca en tierra. La *Esmeralda* luego
avanza al norte, por quedar del fuego
de la costa al abrigo.
Un proyectil que vino
del *Huáscar* disparado,
alcanzóla rugiendo, en el camino,
y con fragor le destrozó el costado.
Retumbando el cañon á cada instante
y entre lluvias de fuego y de metralla,
al esplendor del cielo, áureo y brillante,
seguia la batalla.

II

Y Prat! Vérsele pudo en el terrible
trance siempre impasible,
la espada en la cintura, la marina
gorra cuyos galones
chispean a la luz, puesta de lado,
y la ronca bocina

en la diestra, inspirado
al áspero tronar de los cañones.
Habia algo de olímpico en la altiva
frente de aquel soldado.
¿Sopló un viento sagrado
sobre aquella cabeza pensativa?
¿Bajó acaso de la alta
región, de la infinita
cumbre, la luz que exalta,
el soplo que los montes decapita,
el rayo que de hogueras divinales,
con fulgores intensos
va á encender los espíritus inmensos
de los heróicos hombres inmortales?
Sí!......
Pasó sobre Arturo
un ala apocalíptica y enorme.
Y tuvo la vision de lo futuro.
Vió como entre una luz increada, informe
el misterioso porvenir: la Historia
dando a su patria el lauro de victoria
y señalando en su imborrable juicio
para él el sacrificio,
para Chile la gloria.
Vió á Latorre vengándole el primero

con el *Huáscar* en guerra,
y llevando á las playas de su tierra
encadenado al leviatán de acero.
En San Francisco vió fuerzas hermanas
de los triunfos solemnes en las horas,
y dando al aire sus marciales dianas
las vibrantes cornetas vencedoras.
Vió en Pisagua los patrios pabellones
sublimes al rujir de los cañones.
Y vió á Vergara y su legión de sables
en sus caballos de orgullosa estampa,
vencer con sus tropeles formidables
en las sierras abruptas de Jaspampa.
Vió surgir al invicto Baquedano;
y aquel grupo de impávidos mineros
que asaltando la cumbre inaccesible
en los Angeles fueron al peruano
como invasion de cóndores ligeros
de vuelo colosal é irresistible.
Vióle luego en el Alto de la Alianza
contra doble enemigo combatiendo,
dominante al estruendo
del horrible clamor de la matanza.
Y á sus osadas huestes
en Arica elevar sobre las rocas

de las cumbres agrestes
del Morro, sus enseñas,
tomar al enemigo los cañones
y amordazar sus bocas
aventando en pedazos sus cureñas,
al son de las patrióticas canciones.
Vió de Lurin la hazaña:
del gran Pachacamac junto á la ruina,
la bandera chilena que domina
flotar sobre las tiendas de campaña.
Y vió Morro Solar, San Juan, Chorrillos;
la sangre, el hierro, el fuego.
Y apareció Patricio Lynch! Y luego
llegó aquella santa hora
en que en nombre de Chile bendecido
recibiera la mano vencedora
la espada del vencido.
Y vió allá en Miraflores
á los chilenos siempre vencedores.
Luego, ¿qué contempló?... Su pecho late,
en vivas conmociones;
en la oscura humareda del combate
halla el aire que ensancha sus pulmones.
¡Oh transfiguracion! Mírase fuerte
al borde del profundo precipicio;

su patria será grande con su muerte,
y él se apronta al sublime sacrificio.
¡Vió que en triunfal desfile
entraba á Lima, la opulenta y bella,
el poderoso ejército de Chile;
la Victoria en las palmas de su carro
al llegar de los duros campamentos;
y al fin, izada por la vez tercera
sobre el regio palacio de Pizarro,
á las caricias de los cuatro vientos,
como un himno inmortal, nuestra bandera!...
Y la vision cesó.

III

Grau ha advertido
que el viejo barco á balas de cañones
no puede ser vencido.
Retrocedió. Las igneas explosiones
cesaron. Pone ahora
a la *Esmeralda* la ferrada prora.
El agudo espolon en el empuje
de la rauda carrera
se ha hundido en el navío, y se abre y cruge
el casco de madera.

El tosco acero penetró en lo interno
de la vieja corbeta desgarrada,
como toro feroz que clava el cuerno
y el vientre rompe de la res cansada.
Entónces ¡oh grandeza!
asido a la baranda, en la toldilla
inclinada, está Prat. Ved! Algo brilla
ciñendo como un nimbo su cabeza.
Relampagueante brota
de sus ojos un algo de sublime,
llama que se comprime
y ardiendo salta de su cárcel rota.
Veia al *Huáscar* férreo, poderoso,
el espolon clavado
en el débil costado
de su barco glorioso;
y así, resplandeciente de coraje,
lanzado por empuje sobrehumano,
lleno de augusto brillo,
gritando ¡al abordaje!
cayó sobre el castillo
del monitor peruano.
Fué salto de leon que se acorrala
con la ira y el rugido dentro del seno,
vuelo de cóndor que despliega el ala

y va á la nube que fulmina el trueno.
  La voz del héroe se apagó en el crudo
resonar de la humeante batería.
Mas no está solo. Pudo
Aldea, el bravo Aldea,
Acompañar á Prat en aquel dia
en su hazaña grandiosa y gigantea.
Era el vivaz sargento
espíritu y aliento,
músculo y corazon, el soberano
compuesto que al calor de nuestros soles
aduna á sangre y nervios españoles
la médula de leon del araucano.
Era el roto bravío
pecho de caballero,
que pelea con brío
y sucumbe altanero.
Prat está sobre el *Huascar*. La cubierta
del férreo monitor mira desierta;
y así avanza, atrevido,
la frente tempestuosa y admirable,
y blandiendo la espada, el brazo erguido,
como héroe apercibido
para lucha sangrienta y formidable.
Pero ¿con quién luchar? Nadie aquel reto

aceptó mano á mano y frente á frente,
ante el cielo y el mar. Y de repente,
las balas de un blindado parapeto
arrancaron la vida del valiente.
De la luz meridiana á los fulgores
al águila altanera
fusilaron así los cazadores
trémulos de pavor en su trinchera.
Aldea, que á aquel grito
de ¡abordaje! saltó firme y seguro,
siguiendo siempre al capitan Arturo
se hundió tambien con él en lo infinito.

Muerto Prat es Uribe quien el mando
del navío recibe,
mientras se sigue sin cesar luchando.
El arrogante Uribe
llamó á sus oficiales á consejo.
Todos piensan como él! Piensan que el viejo
barco en la hora postrera
al poderoso vencedor confunda,
y ostentando en el tope su bandera
que se incendie ó que se hunda.
Aún no habian tornado
á sus puestos los fieles campeones,.

cuando el *Huáscar* lanzado
al fogoso vigor de sus pulmones,
dió á la *Esmeralda* una segunda herida
con el recio espolon. A la embestida,
sintiendo hervir su sangre de chileno,
de Prat con el ejemplo sobrehumano,
saltó el audaz Serrano,
y murió como bueno
al abordar el monitor peruano.
Y quedó junto a Prat, todo sangriento,
cadáver de faz trájica y ceñuda,
como protesta muda
bajo el azul del hondo firmamento.

¡La *Esmeralda* se hundia!
Exhausta ya de fuerza y de soldados,
solo de cuando en cuando respondia
del *Huáscar* á los tiros redoblados.
¡Qué cuadro! Por doquiera
sangre, muerte y horror. No hai quien vacile!
Todos persisten con audacia fiera
bajo el sagrado pabellon de Chile.
¡Ah, ved a Crispin Reyes, el impávido:
al bronce del corneta que ha caido,
presta su aliento, y ávido,

épicamente bello
de venganza, pujante, enfurecido,
toca á plenos pulmones a degüello!
A aquel marino de alma estraordinaria
en profundos ardores encendida,
una bala contraria
le arrancó la corneta con la vida.
La *Esmeralda* se hundia
deshecha y humeante,
y el monitor triunfante
cañoneaba el cadáver todavía.
Entónces fué cuando Riquelme, brazo
heróico, alma de luz, la muerte viendo,
hizo repercutir el ronco estruendo
del postrer cañonazo.
El horizonte límpido y sereno
puebla el eco sonoro que retumba
como un último trueno
en el profundo seno
de un monte colosal que se derrumba.

El *Huáscar* se lanzó por vez tercera,
y al golpe del acero áspero y frio
se sintió traquetear la nave entera.
Por fin, se hundió el navío

que á Chile glorias sin iguales diera!
Primero el casco, fúnebre y sombrío,
y despues, siempre al tope, la bandera.

En la región de las inmensas almas
debe haberse sentido en esas horas
como un ruido de palmas
y un despertar de auroras.
¡Oh Patria! ¡Oh Chile!...
Así acabó, magnífico,
solemne, hermoso, de grandeza homérica,
el combate mas grande que vió América
sobre las anchas olas del Pacífico!

